

El lápiz de Esculapio

Presencias

María de Miguel*

Sentir la llegada de la muerte, lo que se dice sentirla, sólo la he sentido una vez. Me refiero a compartir estancia con ella en el mismo momento en el que se presenta. Fue el 27 de mayo; yo agarraba la mano regordeta de la abuela, una mano que hacía horas que no agarraba nada, y de pronto la puerta se abrió y todo se volvió negro y sentí un frío espantoso y mamá quieta en la esquina. Que María le ponga los zapatos, dijo.

Ayer se me ocurrió coger el metro y me dirigí deprisa —la tarde estaba desapacible— a la boca que queda debajo de casa. Según me acercaba me fijé en cuatro ambulancias aparcadas en el exterior, vacías. Descendí las escaleras, con cierta sensación de alarma, y piqué el billete. A medida que me fui aproximando al túnel sentí ese mismo frío espantoso, el sonido rítmico de un aparato, y voces, muchas voces. Doblé la esquina y vi el tumulto, varios sanitarios arrodillados en el suelo, otros sujetando unas láminas térmicas a modo de parapeto, el ritmo metálico de un desfibrilador. Rápido y por la orilla, me gritaron. Así lo hice; enfilé el túnel rápida y por la orilla, con tiempo —o necesidad vital— de volver la cabeza a la izquierda y recoger tres fotogramas, una anciana tendida en el suelo, el pecho descubierto, los zapatos inertes, el desfibrilador latiendo. Avancé hacia el fondo del túnel, rápida y por la orilla (aunque ya no hacía falta, el pasillo era amplio), y allí me quedé, viendo muy de lejos, y sobre todo oyendo, cómo la muerte luchaba contra una descarga eléctrica mientras cientos de personas se anudaban los zapatos en algún barrio de Madrid. No sé cuántos trenes dejé escapar, agarrotada por el estrépito de un corazón callado; sólo sé que de pronto oí el ¡ya! ¡ya! ¡ya! y entonces giré hacia el andén y me senté al lado de un niño que llevaba unos zapatos rojos.

* Inmunóloga y traductora, Madrid (España). Dirección para correspondencia: mmiguel14@yahoo.es.